

En este cambio sufren también una contracción, pues siendo en la mezcla tres volúmenes no producen más que dos en el nuevo estado, que es el de vapor, y este sufre una inmensa disminución de volumen, para pasar al líquido que es el agua.

De modo, que esta materia gaseosa—hidro-oxígeno—va continuamente perdiendo fuerza que es su calor condensado; pues si todavía continuamos la experiencia haciendo pasar el agua al estado sólido, necesitamos hacerle perder más su calor.

Sabido es que el agua se congela por el enfriamiento; pero en este paso se presenta un fenómeno raro y es, que después de alcanzar cierta temperatura que la hace experimentar una disminución de volumen cada vez mayor, llega á un punto que ya no sufre depresión, sino que desde aquel momento tiende á aumentar éste, hasta que se efectua la congelación.

Este fenómeno—uno de los pocos observados en el enfriamiento de los cuerpos,—es debido á la nueva forma de agregación molecular que constituye el hielo; pero se observa, al contrario de lo que se había creído en un principio, que el hielo sigue la ley general de los cuerpos sometidos al enfriamiento, esto es, la disminución constante de volumen, en cuanto más baja la temperatura.

Las medidas para graduar el calor y el frío son muy arbitrarias, pues nada nos prueba que el hielo no contiene ningún calor. Sin embargo, esta temperatura ha servido para marcar el cero del termómetro.

Pero, ¿será por esto verdad que bajo cero ya no existe el calor? No, pues vemos que la temperatura sigue bajando con un frío mayor.

Ahora bien: como el frío no es mas que la ausencia de

calor, claro es que un cuerpo en cuanto más frío, más distante se halla de aquel.

Hemos visto que el agua bajo cierta temperatura en vez de sufrir la contracción, experimenta un aumento de volumen, aumento que no va en escala ascendente sino hasta el momento de la congelación, para seguir después la ley de contracción, que la llevará hasta la nulidad absoluta de volumen.

La explicación de esto se halla en que, siendo el calor la única ley de la naturaleza, ó más bien dicho, su único elemento, faltando la fuerza, que es el movimiento convertido en calor, el cual irradiado en forma de luz se condensa pasando por los distintos estados que afecta la materia; llega hasta una nulidad tal—cuando toca el enfriamiento absoluto—que es la pérdida completa de todo movimiento.

Esta nulidad es el no ser de donde solo el impulso del Sér Criador lo sacára. para servir de progreso á esa fuerza que, espiritualizada por la inteligencia que le dá la conciencia de su individualidad y la sabiduría, la eleva acercándose cada vez más hácia su Autor, por el sublime sentimiento de amor.

*
* *

Volvamos á ocuparnos de los planetas: Hemos dicho que la nebulosa se convierte en sistema de soles cuando están en estado incandecente, y que los satélites tienen su origen en las masas planetarias, como éstos lo han tenido en la nebulosa solar.

Lo natural es que los satélites, como originados de masas relativamente enfriadas, sean los primeros en adquirir condiciones de habitabilidad, y que sean, también, los que primero pasen á ser cadáveres planetarios. El satélite de

la tierra se encuentra en este estado y vamos á tratar de hacer su utópsia.

Su enfermedad y muerte no han tenido más causa que la inanición. Una pérdida continua de su fuerza vital, fuerza que no ha podido reparar, apesar de recibir las emanaciones vivificadoras del sol.

Esto no debe parecer extraño puesto que se ve diariamente desaparecer la vida de la superficie de la tierra, y esto no por falta de emanaciones, sino porque la fuerza vital se niega á asimilárselas.

He aquí lo que ha pasado con la luna. El calor, que es su vida, al ir perdiendo su intensidad, ha ido acabando por grados la velocidad de rotación sobre su eje, y sus días y sus noches se han hecho interminables.

De modo es que, un mundo falto de calor interior, sólo puede vivir del que su sol le proporciona; pero esto solo es assequible, cuando sus días y sus noches se suceden con frecuencia.

Cuando estos empiezan á prolongarse no es bastante el calor recogido durante el día, para reparar las pérdidas sufridas por la irradiación, durante largas noches.

Siendo el calor central el que impide la condensación de la materia, comenzando ésta á enfriarse es á la luz solar á la que sólo se debe la vida, en la superficie de los planetas.

Debemos advertir aquí, que los planetas necesitan tanto más de la luz del sol, cuanto mayor es su densidad.

Esto explica por qué la vida es susceptible de mantenerse en condiciones semejantes á la tierra, en todos los planetas del sistema solar.

La luna, durante sus largas noches, comenzó á sufrir todo el rigor de los hielos, que fueron haciéndose sentir cada vez más ascendiendo de los polos al ecuador.

Estos empezaron por matar lentamente la vida animal y vegetal, para pasar después de ser completa esta destrucción, con la vida misma del satélite.

La vida de sus pobladores concluyó cuando los hielos permanentes invadieron el ecuador. Después de esto empieza la muerte y descomposición del planeta.

La primera parte que pierde es la que podemos llamar la epidermis, esto es, la atmósfera, pues ésta sufre un enfriamiento tal, que pasa al estado líquido. Este se congela más tarde, y entonces empieza á perder lo que constituye su carne.

A medida que la atmósfera se condensa, la irradiación es mayor, pues le falta esa cubierta protectora.

Llega, por fin, á extinguirse por completo esa epidermis, y en este caso la carne, esto es, las partes blandas, se solidifican y secan.

El estado actual de la luna es sólo el de esqueleto, podéis contemplar su armazón huesoso. Ha perdido ya toda su materia flexible, que era la compuesta de átomos menos condensados.

Queda, pues, solo la hosamenta que, aunque lentamente, camina á su descomposición por una condensación cada vez mayor, que la conducirá al no sér.

Si hemos procurado entrar en estos detalles acerca de la muerte y descomposición de los mundos, es para ir desarraigando la creencia y la pretensión de que la materia inorgánica no muere.

Después de lo expuesto pueden entonar el de profundis á la inmortalidad de la materia, los que defienden este principio.

La luz es la fuente de la vida. El equilibrio de la naturaleza se sostiene por la renovación continua que, en fuerza y movimiento, engendra la luz.

Tiempo es ya de que busquemos las causas que producen las distintas manifestaciones que nos presenta la vida humana.

La luz en su potencia física, química y mecánica, nos basta para expresar las distintas fases de la vida animal. El principio productor de este agente físico nos dará también la clave de esa fuerza intelectual y moral que, individualizada, se llama el espíritu humano.

¿Cómo es que la fuerza productora y motor de la materia puede individualizarse y alcanzar la inmortalidad?—Cuestión es esta que nunca estará por demás discutir.

Muchos son los sostenedores del principio altamente desconsolador, de que el hombre concluye con la muerte. Inútil me parece repetir los puntos en que apoyan su afirmación, pero muy provechoso será siempre buscar la base en que descansa la creencia de la inmortalidad del espíritu.

La separación de las fuerzas que animan la materia es absurda. Por esto se ven aumentar las filas de aquellos que negando para el espíritu una creación especial, solo admiten la fuerza material que, aunque invisible sigue de un modo inseparable á la materia, en sus varias evoluciones.

El padre trasmite á sus hijos una parte de su propia vida, en la que no puede menos de manifestarse en el nuevo sér, los achaques que por herencia le han venido de sus progenitores.

Es tan fácil y natural seguir la escala de los seres en sus manifestaciones materiales, que por eso hay quien califica de ridículos y pretensiosos á los que quieren conceder al hombre más vida que la material.

Esto es lo positivo se dice. La vida orgánica está comprobada por la experiencia diaria y universal, por lo tanto ¿qué necesidad tenemos de entrar en abstracciones filosófi-

cas que sólo pueden tener realidad en la mente que las concibe? Si hay un más allá, si algo sobrevive á la muerte del individuo, lo sabremos cuando llegue la ocasión de conocerlo. Entretanto, bastante tenemos que hacer con las necesidades del presente.

Estas y otras semejantes han sido mis ideas, y parecen muy lógicas y bien fundadas, supuesto que el desengaño de este error ha de venir por sí solo y naturalmente, cuando llegue ese momento tan inesperado que se llama muerte.

¡Y no sabe el que de tal modo juzga que el error subsiste, y que no es bastante, no digo un corto espacio de tiempo; pero ni aun larguísimos períodos para disiparlo, y que será permanente hasta por millares de años, sino se buscan los medios de conocer la verdad.

El hombre anda siempre tras de los bienes de fortuna, y ¿cuál es el aliciente que lo guía para correr en pos de ellos, sino es el de gozar y pasar del mejor modo posible el período de vida que se cree es el único que nos ha concedido la naturaleza?

Todo en la vida positivista tiende á evitar el sufrimiento presente y futuro y se cree, que cuando éste se presente de una manera inevitable, el suicidio puede ser el término de todo mal. Mas ¡ay insensato del que tal cosa cree! El dolor se posesiona del sér y se hace tanto más desesperante, cuanto que no se le puede poner término, ni se cree pueda cesar. Es un infierno en el que cada instante es de sufrimientos, y no se admitiría pasar un día en este estado, en cambio de un siglo de felicidad.

No exagero: lo digo por una experiencia reciente, y no deseo que otros sufran los tormentos que por mí han pasado.

Nadie impone estos tormentos. Cada criatura es el verdugo de sí misma, y debo dar gracias al Todopoderoso

que mi desesperante estado no se ha prolongado, como á muchos les sucede.

Esto parecerá ridículo á muchos por considerarlo falso, y creerán se trata de darles la creencia por el temor; pero sepan que mi único sentimiento es el de evitarles el dolor, y hacer que vayan tras de la felicidad verdadera, la que sólo es posible en la práctica del amor mútuo.

Estas ideas me parecen inspiradas por el sentimiento de caridad que empieza á manifestarse en mi sér.

Me he extendido en este preámbulo para que se vea que no es de tan pequeña importancia el conocimiento de los puntos que he tratado de desarrollar.

Debo advertir que hay algunos errores en mi dictado; pero estos no son de tanta importancia que no puedan ser tolerados por aquellos que en toda teoría nueva buscan antes el espíritu de élla, que la forma en que es presentada.

Hago notar esto para manifestar que un trabajo de la naturaleza como el presente, llevado á cabo por inspiración, es muy difícil que salga correcto en todo, pues hay muchas y grandes dificultades que vencer para lograrlo.

El único deseo que me ha guiado es el de ser útil á mis semejantes.

CHÁVEZ APARICIO.

*
* *

El Sér Criador es el principio de toda fuerza, porque es el que dá el impulso á los sistemas de soles y de mundos.

Esto no es decir que la fuerza sigue desarrollándose en sus distintos grados de progreso, bajo la potencia que le dió origen; pues si esto fuera así no existiera lo que llamamos creación, porque en este caso solo sería la manifestación del mismo sér que la guiaba.

La naturaleza nos muestra lo que pasa en su desenvolvimiento, por lo tanto, sin entrar de lleno en la forma de un desarrollo puramente filosófico, podemos, por un sistema comprensible para todos, manifestar que una cosa es la creación y otra el sér que le dá origen.

Si la naturaleza fuese guiada de una manera minuciosa y continúa por el sér que la ha criado, no siendo más que el desarrollo del plan concebido por el mismo, no presentaría la más pequeña irregularidad; pero es distinto lo que pasa, pues precisamente se presenta el desorden manifestado de varios modos, siendo entre ellos los llamados fenómenos, los que más se hacen sentir.

En efecto: ¿Qué otra cosa es un fenómeno sino un trastorno en el orden y regularidad con que se reproducen los seres? Esto nadie lo pone en duda, si bien se cree que este trastorno es debido á la casualidad; pero es fuerza hacer constar que todo en la naturaleza es el resultado de una causa.

Expliquémonos: La primera fuerza, para merecer tal nombre, tiene que ser independiente de la creadora, teniendo además que ser libre, aunque no con libertad absoluta.

La fuerza libre es el origen de todo lo fenomenal; y si el fenómeno no pasa de ser raro, es porque á pesar de la libertad que dicha fuerza tiene, está subordinada á la ley de progreso que le impone su autor, la que se cumple pasando aun sobre lo irregular.

La naturaleza, con su fuerza libre, adquiere el carácter de una voluntad, porque en vez de subordinarse á obrar siempre de una manera constante, tiende á la variedad. Pero en esta variedad no siempre llena los requisitos de obrar con sabiduría, lo que prueba, de un modo inequívoco, que no es la Sabiduría Infinita la que obra, produciendo el fenó-

meno. Sin embargo, el fenómeno es el que produce el progreso, pues á él se debe la variedad.

Veamos de que modo esto se explica: La fuerza obra, produce un movimiento, y manifiesta su independencia.—la que constituye una voluntad—porque no sigue de un modo inmutable el primer movimiento, sino que cansada de él le imprime variación. Desde luego aparece el fenómeno, un nuevo sér, distinto de su progenitor.

Ahora bien: Si este ser tiene condiciones de vida, esto es, no ser contrario á la ley de progreso, vive y subsiste; pero si el fenómeno manifiesta retroceso incuestionablemente, muere, sin tomar carta de naturalización en el reino del orden.

Por lo expuesto se viene en conocimiento: que al fenómeno se debe la infinidad de formas que afecta la materia, y se comprende, también, que éstas pueden ir hasta lo infinito.

Mas esta marcha debe ser siempre por una escala minuciosa, puesto que es la sucesión de los seres, y estos no pueden tener sobre sus progenitores diferencias, sino en un grado siempre pequeño.

Esto nos deja estimar el por qué la naturaleza de uno en otro sér no manifiesta sino pequeñísimas variaciones, las que se hacen sentir ya sea por la atrofia de un órgano ó por el desarrollo de otro, tendiendo á alcanzar nueva forma.

*
* *

Quando un todo homogéneo se divide en fragmentos, cada partícula tiene las mismas propiedades del todo. Así, pues, cada uno de estos puede representar un todo, comparado con partículas más pequeñas del mismo.

Dado este principio no es extraño que un sér sea el origen de muchos que le son similares.

Por esto es que la naturaleza nos muestra una pluralidad de individuos de cada una de la multitud de especies, en que se dividen sus distintos reinos.

De modo, que la fuerza se divide en variedad de individuos, que poseen distintas propiedades en el reino inorgánico, y diferentes tendencias ó voluntades en el orgánico.

Inútil es para nuestro propósito estudiar las variaciones de todos los cuerpos: bástanos saber que en el reino orgánico cada cual obra de una manera independiente—como si en esto quisieran caracterizar el hecho de que obran por una voluntad que les es propia,—puesto que la acción no es la misma en cada uno de sus distintos actos.

Esto nos prueba que la fuerza convertida en voluntad—enteramente caracterizada en el reino animal—se pluraliza en multitud de individuos, cada uno con su voluntad propia, y que pueden por el uso de esta misma, tomar la derecha ó la izquierda, y que entre varios individuos que siguen distintas rutas se presenta por este solo hecho la felicidad para unos, mientras otros sólo experimentan contratiempos y penalidades.

Pues bien: Si en estos individuos existe la inteligencia, empiezan á formar la comparación entre la dicha y la adversidad; y como es natural que se inclinen hácia el goce y detesten el sufrimiento, la voluntad les hará buscar lo primero y procurarán librarse del segundo.

Pero faltos de toda experiencia caerán frecuentemente en uno y en otro, hasta que el tiempo les sirva de enseñanza; y con este caudal de inteligencia procuren que los tiempos de abundancia les proporcionen recursos, para los que más tarde se presenten de escasez.

Este modo de obrar se vé en varias especies de animales que trabajan de una manera colectiva, cuyo proceder les trae la prosperidad, mientras otra multitud son aventureras,

gozando unas veces hasta la saciedad para sufrir en otras el hambre.

Pregunto: ¿Quién da á esos seres la previsión ó la imprevisión?—Se me contestará que el organismo, que en unos es más inteligente que en otros.

Pero este organismo que debe ser el compuesto de fuerza y materia ¿por qué en unos es inteligente y en otros no?—Se me puede contestar que es por el mayor progreso. Mas, ¿qué cosa significa el progreso?—Se dirá que es el avance hácia la mayor perfección.—Y este avance ¿se debe á la fuerza y materia que son inherentes la una á la otra?

Siguiendo este camino se puede correr un dédalo de preguntas y respuestas, para encontrarse después de haberlo recorrido con las mismas dudas que al principio.

El hombre que se entrega á la investigación de las causas con este sistema, no puede menos que caer en el escepticismo.

Por fortuna existen medios en la naturaleza que son suficientes para fundar una fe necesaria para el hombre, cuyo sér es una mezcla de grandeza y pequeñez.

¡Criatura racional que posee la suficiente inteligencia para atreverse y lograr medir las distancias siderales, es, sin embargo, demasiado pequeño, para conocer su propio sér.

Salido de la materia no puede saber con certidumbre material si volverá al polvo de donde se levantara. ¡Mezcla confusa de sabiduría y de ignorancia, no puede decir que nada sabe, ni afirmar que todo lo comprende!

Por lo tanto, debe aprovechar su saber no para desafiar al infinito, marcando en la hora de la muerte el fin de su existencia como sér inteligente é individual, ni empequeñecerse hasta el grado de creer que no puede lanzar sus investigadoras miradas hácia el más allá de la tumba.

*
* *

La fuerza motora criada por el poder Infinito, y la fuerza condensada ó materializada, están tan íntimamente unidas que no es posible separar la una de la otra, sin destruir su sér.

Pero el progreso va modificando esta unión por simples propiedades primero,—que son la cohesión y afinidad,—presentándose estas mismas unidas más tarde á una tercera, que es la tendencia, para llegar en lo sucesivo á manifestarse con el carácter de voluntad.

De lo expuesto resulta: Que la materia por sus avances en el progreso, sigue un desarrollo que no pertenece á lo que propiamente lleva tal nombre, si bien se compone de los mismos elementos; pues si multiplica sus manifestaciones y propiedades, esto sólo se debe al distinto modo de obrar de su fuerza.

La naturaleza presenta en el reino animal multitud de formas con distintas voluntades, sin embargo de que los principios componentes de los distintos seres son los mismos.

Luego, si existe la variedad esto sólo se debe á la modificación, no de su materia que está formada de los mismos elementos, sino á su fuerza, que es la que se modifica.

Una advertencia que nos libraré de confusiones es: Que llamo materia al elemento tangible, el cual por necesidad debe de tener unida á la fuerza. Y como he dicho que ésta se modifica y progresa tomando su materia de los mismos elementos, debo, sobre esto, hacer una aclaración.

La materia con su fuerza inseparable es el átomo. Esta unión es la que manifiesta su sér. Más bien dicho: El átomo es un estado de condensación ó manifestación de la

fuerza, que no puede ir á más, ni á menos, sin quedar destruido.

Para nuevas manifestaciones y por un nuevo estado de la fuerza, se forma la molécula que, á su vez, es llevada á constituir un cuerpo por una fuerza más avanzada.

De modo, que cuando entre fuerza y materia hacemos una comparación, negando el progreso de la materia y admitiendo el de la fuerza; es porque bajo el nombre de materia sólo designamos el átomo simple. Y cuando hablamos de fuerza es de aquella que dá cohesión al átomo, para formar la molécula.

La fuerza progresiva es la que por el distinto modo de agrupar los átomos da origen á la variedad de moléculas, que vienen mas tarde á formar los cuerpos, llamados simples.

Por esto es que decimos: que los seres aunque compuestos de los mismos elementos, se manifiestan de maneras bien distintas.

Tiempo es ya de ocuparnos del hombre, y casi de una manera exclusiva, considerándolo como parte de un todo que se llama humanidad.

El hombre—según parece claramente manifestado, tanto por la investigación puramente científica, como por lo que manifiesta la revelación—se levanta del polvo. Es formado del barro de la tierra, en lo que se expresa bastante claro, que su sér lo debe á las evoluciones de la naturaleza.

Siendo el progreso el avance por lo fenomenal—como ya lo hemos dicho,—y siendo el adelanto muy poco dado á las bruscas transiciones han debido pasar muchos millares de años para que la naturaleza haya llegado al punto ocupado por el hombre: Y como es tan disimulado el paso de uno á otro sér, es natural que se tropiece con dificultades para marcar sus diferencias.

Una de tantas es que se encuentran muchos vacíos entre los seres de una y otra especie, en cuyos vacíos se caracteriza verdaderamente lo fenomenal, puesto que aunque no se deja ver la diferencia en lo esencial, que es el organismo, se manifiesta en la alteración progresiva que sufre la forma.

Sin embargo de esas gradaciones ligeras y de los cambios de forma que parecen bruscos; se presenta la humanidad terrestre como el producto exclusivo de las evoluciones de la materia.

Así, pues, parece lógico y hasta incuestionable que, puesto que el hombre muere, como todo ser perteneciente á la naturaleza, es un absurdo suponer y creer que en él existe un principio inmortal.

Confesar que hay una dificultad, de ninguna manera es decir que ésta sea insuperable, y puesto que el hombre ha podido darse cuenta, hasta cierto punto, de la naturaleza y las leyes que la rigen, poder debe tener para continuar investigando, hasta encontrar una luz que le ponga de manifiesto el más allá de la vida presente.

He aquí un imposible según el decir de muchos, y nada tan fácil como ésto si se ponen en práctica los medios que para el caso son necesarios.

Uno de los más indispensables es, que dichos trabajos sean verificados en colectividad, cuyo método es el que da la fuerza para elevarnos al conocimiento de nuestro futuro destino.

*
*
*

Si la historia de la vida necesita algunos volúmenes para dar cuenta del progreso realizado en una de las especies